DAMETAS.

Triste al rebaño el insaciable lobo,
Triste á las mieses el nublado cielo,
Triste á los prados el urente hielo
Y el Aquilón al índico algarrobo.

Triste la hiedra al encorvado pobo,
Aunque le envuelva con tenaz desvelo
En sudario de verde terciopelo
Por encubrir su fraudulencia y robo.

Triste á la rosa, triste á la verbena
El colibrí; del plátano á las hojas
El pedrisco, y la lluvia á la colmena.

Dulce Amarili, si de ti me arrojas
Con airado mirar, ¿qué mayor pena?
¿Dónde hallaré cotejo á mis congojas?

MENALCAS.

Dulce á la siembra el oportuno riego,
Dulce al cabrito el áurico retoño
Que abriendo la corteza del madroño
Muestra su tallo de color de fuego.

Dulce á la oveja en plácido sosiego
Tascar echada cuando viene Otoño
Del sauz la hoja, y al primal bisoño
De su cordera el anhelado apego.

Y dulce á la campestre mariposa
Hender en Junio la templada brisa
Y descansar el pie de rosa en rosa.

Y para mí tan sólo la sonrisa
Es dulce, y el despejo y la graciosa
Atractiva mirada de mi Elisa.

DAMETAS.

Ora mi voz remeda peregrina
El ronco estruendo de alterados mares;
Y ora apacible en vírgenes palmares
El blando susurrar de la neblina.

Los versos de mi Musa campesina
Ama Polión; á sus dorados lares
Suave el rumor llegó de mis cantares
Y el eco de mi fístula argentina.

Y si Polión, de cónsules modelo,
Se ha remontado á la celeste esfera
Siguiendo absorto vuestro raudo vuelo,

Venid conmigo á la feraz pradera,
Hijas de Jove, y sublimad al cielo
Su nombre y apacedle su ternera.

MENALCAS.

Diestro Polión, los ánditos severos
De Melpómene holló con fácil planta,
Y á héroes ilustres numeroso canta
Y el rigor de monarcas justicieros;

Hábil de Clío entrando en los linderos
De su nación los hechos abrillanta,
Y á su nación del féretro levanta
Dándole artistas, vates y guerreros.

Si el dulce plectro al manejar sonoro,
Presta su oído á mi campestre avena
Éste de Lacio máximo decoro,

Del flavo Tíber á la orilla amena,
Musas, venid y apacentad su toro
Por más que embista y desparrame arena.

DAMETAS.

Eres, Polión, terrible como el brillo
De negra nube, como el mar airado,
Como el león al verse encadenado,
Como el tigre sangriento en férreo anillo.

Y eres blando cual húmedo tomillo
De virgen selva, como el viento alado,
Como la lluvia en floreciente prado,
Como el medroso y tierno cervatillo.

Que tu favor implore suplicante
É imite las virtudes que le enseñas
El que tema sañudo tu semblante;

Y á quien te ama, Polión, las duras peñas
En su seno le brinden miel fragante,
Néctar y amomo las hirsutas breñas.

MENALCAS.

Bavio cruel, escándalo y afrenta
Del claro Cintio y Ninfas dal Parnaso,
De pobre ingenio, de saber escaso,
Y de voz tremulante y soñolienta;

Ah! con razón á Mevio le contenta
Oir tus versos; con ligero paso
Ambos llevais las letras á su ocaso;
Ese furor poético os dementa.

Si alguno hubiere (fácil es que lo haya)
Que diga ser cantares vuestros gritos
Y que en oíros mi ánimo se explaya,

Flores busque en los árboles marchitos;
Con zorras are la desnuda playa,
Y ordeñe en su corral á los cabritos.

DAMETAS.

Abren su cáliz las pintadas flores,
Cuelgan su fruto corvos los manzanos,
Y encima de los frescos avellanos
Se aposentan los pájaros cantores.

Pastando sus corderos triscadores
Alegres cruzan los feraces llanos,
Cogiendo aquí y allá los rojos granos
De la fresa, sencillos los pastores.

Oh Títiro, por darlo á tu zagala,
Vas á cortar el trébol que la fuente
Sonorosa en su margen acaudala;

Detén la mano, joven imprudente,
Y mira que en las hierbas se resbala
Cautelosa y ligera la serpiente.

MENALCAS.

Dejad la orilla del boscoso río,
Ovejas mías, el silbato os llama;
Quietas paced la reluciente grama
Ó caro pagareis vuestro desvío.

Por lamer en las hojas el rocío,
Por alcanzar la flor de la retama,
Porque triscando el corderillo os mama,
Recibireis un baño, y hace frío.

Ved junto al fuego tiritar al manso;
Hincó sus cuernos en la orilla hueca
Y nadó en la corriente á fuer de ganso.

Y todavía el veros le embeleca! . . .
Ya se olvidó del frígido remanso
Por más que ahora sus vellones seca.

DAMETAS.

Oh Títiro, separa del torrente
Mi rebaño de chivos y cabritas,
Y encierra mis corderas favoritas
Mientras pasa crecida la corriente.

Enciérralas, oh Títiro, presiente
Mi corazón herido nuevas cuitas;
Nitro dales y sal, y no permitas
Que al beber las alumbre el sol urente.

Transpón, te ruego, la vecina loma
Y que pascan la hierba en mi plantío
De todos el más rico en flor y poma.

Yo mismo, mientras reina el fiero Estío,
Á una por una, cuando el alba asoma,
He de bañarlas en el fresco río.

MENALCAS.

Sopla el Austro y resuena en las opacas
Sedientas hojas lúgubre el chirrido
De las cigarras, y el letal balido
En el redil, de mis ovejas flacas.

Despliega, Filis, cuelga las hamacas
Bajo el ramaje del limón florido:
Y no pongas, oh Títiro, en olvido
Al fresco establo reducir las vacas.

Secas las ubres y el ijar enjuto
Deja á las greyes el calor tirano
Trocando el gozo del pastor en luto.

Búscalas pues; ó lavarás en vano
Las tazas y tarrillos, y sin fruto
Apretarás sus ubres con la mano.

DAMETAS.

Triste de mí! cuán flaco está mi toro,
Menalcas, en un campo tan ameno!
Donde la grama encórvase y el heno
De Aurora salpicados por el lloro;

Donde los pastos remedando el oro
Rompen nacientes de la tierra el seno;
Donde el arroyo se desborda pleno
Y bate el ala céfiro sonoro.

Por más que reine bonancible el año
Y reboce la selva en lozanía,
Es cierta mi desgracia, cierto el daño.

Ay! del amor la acerba tiranía
Implacable se ceba en mi rebaño
Y lacera implacable el alma mía!

MENALCAS.

Mis ovejas, al labio de los ríos,
Apenas se detienen en los huesos
Y no las enflaquecen los excesos
Del amor, ni de Filis los desvíos.

Son las ubres, pastor, á mis cabríos
Peso inútil; los zarzos de frambuesos
Y los tarros, no habiendo leche y quesos,
En los rincones yacerán vacíos.

Ah! Dametas, á mi hato, no el bochorno,
Ha enflaquecido, ni de Amor la saña,
Ni la cereza y flor del verde corno.

Un hechicero (si es que no me engaña
El corazón) habita en el contorno
Y con sus ojos nuestros hatos daña.

DAMETAS.

En Helicón Apolo peregrino
Hábil tañó la cítara sonora;
Poeta fué, su voz arrulladora
Al dulce verso señaló camino;

En la cresta del cándido Apenino,
Que alimañas sin número atesora,
Disparó la saeta voladora;
Fué médico también, y fué adivino.

¿En dónde, dí, de Febo las miradas,
Estando en el cenit, descubren sólo
Un espacio menor que tres brazadas?

Iré del ecuador al yerto polo,
Si adivinas, en trovas ajustadas
Proclamándote nuevo y grande Apolo.

MENALCAS.

Nada, pastor, halágame en la tierra
Más que las rosas y pintadas flores;
Su garbo, sus matices, sus olores,
Admiro embebecido en huerto y sierra.

Y enójame la inicua y torpe guerra
Que el colibrí y abejas zumbadores
Hacen al nardo por robar traidores
El licor que en sus pétalos encierra.

Dime, te ruego: dónde, y por qué leyes
Nacen las flores y en sus tiernas hojas
Llevan grabado el nombre de los reyes.

Si adivinas, en vano te acongojas
Por el desdén de Filis: de mis greyes
Y Filis con tu ingenio me despojas.

PALEMÓN.

Dar el fallo paréceme imposible
En tan largo litigio: con soltura
Ambos cantais; de corazón sensible
Os ha dotado próvida Natura
Y mereceis entrambos la ternera;
Así como cualquiera
Que pruebe lo terrible
Del amor y maléfica dulzura.
Recoged los arados
Y cerrad, oh mancebos, la cacera,
Que bastante bebieron ya los prados.